

El manuscrito de un loco

CHARLES DICKENS

¡S í! ¡Un loco! ¡Hace muchos años esa palabra habría golpeado mi corazón! ¡Cómo habría despertado el terror que solía invadirme algunas veces, haciendo sisear y hormiguitar la sangre por mis venas, hasta que el frío rocío del miedo se condensaba en grandes gotas sobre mi piel, y mis rodillas temblaban de temor! ¡Aunque ahora me gusta! Es un lindo nombre. Muéstrame al monarca cuyo ceño fruncido de enojo fuera tan temido como la mirada de un loco; cuyas cuerdas y hachas fueran más seguras que el enojo de un loco. ¡Ja, ja, ja! ¡Es grandioso estar loco! Ser visto como un león salvaje a través de unos barrotes de hierro; rechinar los dientes y aullar, durante la larga noche, hasta el feliz tañido de una pesada cadena, y girar y enrollarse entre la paja, transportado con una música tan valiente. ¡Hurra por el manicomio! ¡Ah, es un lugar tan raro!

Recuerdo los días en que me *asustaba* estar loco; cuando solía despertar con un sobresalto, caer sobre mis rodillas y rezar para reponerme de la maldición de mi raza; cuando corría de la vista de la alegría o la felicidad para esconderme en algún lugar solitario y pasar las horas cansadas viendo el progreso de la fiebre que consumía mi cerebro. Sabía que la locura estaba mezclada con mi sangre y con la médula de mis huesos, que una generación había muerto sin que la plaga apareciera en ella, y que yo era el primero en quien revivía. Supe que *debía* ser así: que siempre había sido y sería así.

Y cuando me encogía de miedo en algún rincón oscuro de una habitación llena de gente y veía a hombres susurrando, señalándome y volviendo sus ojos hacia mí..., sabía que hablaban del desafortunado loco, y me escabullía otra vez para deprimirme en soledad.

Hice esto durante años; fueron años muy, muy largos. A veces, aquí las noches son muy largas..., muy largas. Pero no son nada comparadas con las noches inquietas y los sueños horribles que tuve en aquella época. Me da frío recordarlos. Formas oscuras y grandes con rostros astutos y burlones se agazapaban en los rincones de la habitación y saltaban sobre mi cama en la noche, tentándome a la locura. En susurros muy bajos me decían que el piso de la vieja casa donde murió mi padre estaba manchado con su sangre, derramada por su propia mano en un arranque de locura furiosa. Me tapaba los oídos; sin embargo, gritaban en mi cabeza —hasta que la habitación resonaba— que en la generación anterior a mi padre la locura no se había manifestado; pero que su abuelo había vivido durante años con las manos encadenadas al piso para evitar que éste se hiciera pedazos. Sabía que decían la verdad. Lo sabía bien. Lo descubrí años antes. Aunque trataron de alejarla de mí. ¡Ja, ja, ja! Era demasiado astuto para ellos, loco como me creían.

Al final me encontró, y me pregunté cómo pude haberle temido. Ahora podía salir al mundo, y reírme y gritar con los mejores entre ellos. Sabía que estaba loco, pero nadie lo sospechó nunca. ¡Cómo me abrazaba con placer cuando pensaba en la delicada broma que les estaba jugando, después de su antiguo señalamiento y su mirada maliciosa (cuando no estaba loco y sólo temía estarlo algún día)! Y cómo solía reír de alegría cuando estaba solo y pensaba en lo bien que guardaba mi secreto y en lo rápido que mis queridos amigos se habrían alejado de mí si hubieran sabido la verdad. Al cenar con algún amigo podría haber gritado con euforia de pensar en lo pálido que se habría puesto y lo rápido que habría corrido si hubiera sabido que su querido amigo, sentado al lado suyo y quien afilaba un brillante cuchillo, era un loco con todo el poder y la mitad de la voluntad para clavárselo en el corazón. ¡Oh, era una vida muy feliz!

Me hice rico; el lujo y la opulencia se amontonaron en torno a mí; derroché en placeres aumentados mil veces por la conciencia de mi secreto. Heredé un patrimonio. La ley (la misma ley con ojos de águila) había sido engañada y transferido miles de libras a las manos de un loco. ¿Dónde estaba la sensatez del hombre observador en su sano juicio? ¿Dónde, la habilidad de los abogados ansiosos de descubrir un error? La astucia del loco los había superado a todos.

Tenía dinero. ¡Cómo me solicitaban e invitaban! Lo gasté de forma abundante. ¡Cómo me elogiaban! ¡Cómo se humillaban ante mí esos tres hermanos orgullosos y autoritarios! ¡También con qué deferencia, con qué respeto, con qué devota amistad me alababa el padre viejo y canoso! El anciano tenía una hija; los jóvenes, una hermana..., y los cinco eran pobres. Yo era rico. Cuando me casé con la chica vi que una sonrisa de triunfo se dibujó en la cara de sus parientes pobres al pensar en su estrategia bien planeada y en su atractivo premio. Era para sonreír. ¡Sonreír! Reír abiertamente y

arrancarme los cabellos y rodar por el suelo dando gritos de alegría. No imaginaron que la habían casado con un loco.

Un momento. Si lo hubieran sabido, ¿la habrían salvado? La felicidad de una hermana contra el oro de su esposo. ¡La más ligera pluma que soplé en el aire, contra la cadena alegre que adorna mi cuerpo!

Pero, aun con toda mi astucia, me engañaron en una cosa. Si no hubiera estado loco (pues, aunque los locos somos lo suficientemente perspicaces, a veces nos desconciertan), habría sabido que la chica hubiera preferido ser colocada, rígida y fría, en un ataúd pesado y oscuro, antes que soportar el hecho de ser enviada como una novia envidiada a mi casa rica y brillante. Debí saber que su corazón pertenecía al chico de ojos oscuros cuyo nombre escuché una vez en su sueño atribulado, y que fue sacrificada a mí para aliviar la pobreza del anciano canoso y los hermanos arrogantes.

Ahora no recuerdo formas o caras, pero sé que la chica era hermosa. Sé que lo era porque en las noches brillantes por la luz de la luna, cuando despertaba sobresaltado y todo estaba tranquilo a mi alrededor, veía, de pie y sin movimiento, en un rincón de la celda, una figura leve y agotada, de cabello largo y negro, el cual se derramaba por su espalda, sin mezclarse con el viento terrenal, y unos ojos que fijaban su mirada sobre mí y nunca parpadeaban ni se cerraban. ¡Calla! La sangre se enfriaba en mi corazón al escribir esto. Esa figura es la *suya*; la cara es muy pálida y los ojos son brillantes y cristalinos, con una mirada vidriosa, pero los conozco bien. Esa figura no se mueve nunca; no frunce el ceño ni la boca como otras que a veces llenan este espacio, pero es mucho más terrible para mí, aún más que los espíritus que me tentaron hace muchos años; surge fresca de la tumba y es muy cadavérica.

Durante casi un año vi que su rostro se hacía más pálido; casi un año vi sus lágrimas recorrer en silencio las tristes mejillas..., y nunca supe la causa. Aunque la descubrí al final. No pudieron ocultármela por mucho tiempo. Nunca le gusté; nunca pensé que lo haría. Pero despreciaba mi riqueza y odiaba el esplendor en el que vivía;

no esperaba tal cosa. Amaba a otro. Nunca lo pensé. Sentimientos extraños surgieron en mí. Pensamientos que algún poder secreto introducía en mí daban vueltas en mi cabeza. No la odiaba, aunque sí odiaba al chico por el que todavía lloraba. Compadecía (sí, compadecía) la vida desdichada a la que sus parientes fríos y egoístas la habían destinado. Supe que no viviría mucho, pero la idea de que antes de morir pudiera dar a luz algún ser condenado, destinado a heredar la locura a sus hijos, me determinó. Decidí matarla.

Durante muchas semanas pensé en envenenarla, y luego en ahogarla, y después en quemarla. Me imaginaba la gran casa en llamas y la esposa del loco ardiendo hasta las cenizas. Pensaba en la broma de una gran recompensa y en algún hombre cuerdo balanceándose al viento por una acción que no cometió, ¡y todo por la astucia de un loco! Pensé mucho en eso, pero al final me rendí. ¡Ah, el placer de afilar la navaja día tras día, sentirla e imaginar lo que haría un solo corte de su borde fino y brillante!

Al final, los viejos espíritus que habían estado conmigo tan a menudo susurraron en mi oído que el momento había llegado..., y pusieron la navaja en mi mano. La apreté con firmeza, me levanté con suavidad de la cama y me incliné sobre mi esposa dormida. Su rostro estaba oculto entre sus manos. Las retiré con cuidado y cayeron con languidez sobre su pecho. Supe que había llorado por las huellas húmedas de las lágrimas sobre sus mejillas. Su rostro estaba en calma, plácido; cuando lo miré, una sonrisa tranquila iluminó sus pálidos rasgos. Le puse una mano en el hombro, con suavidad. Se sobresaltó (sólo fue un sueño pasajero). Me incliné hacia adelante otra vez. Gritó y despertó.

Un movimiento de mi mano y nunca más habría salido de su boca un sonido o un grito. Pero yo estaba sorprendido y retrocedí. Sus ojos estaban fijos en los míos. No sabía cómo, pero me intimidaban y asustaban; y me acobardé delante de ellos. Se levantó de la cama, todavía contemplándome fija e intensamente. Me estremecí; la navaja estaba en mi mano, pero no pude moverme. Fue hacia la puerta. Cuando estuvo cerca, giró y apartó sus ojos de mi cara. El

hechizo se había roto. Salté hacia adelante y la tomé del brazo. Lanzando grito tras grito, se desplomó en el piso.

Ahora podía matarla sin forcejeos, pero había provocado la alarma en la casa. Escuché pisadas en las escaleras. Coloqué la navaja en su cajón habitual, abrí la puerta y llamé en voz alta para que me ayudaran.

Vinieron, la levantaron y la colocaron en la cama. Estuvo acostada y sin movimiento por horas; cuando regresaron el habla, la mirada y la vida, su juicio la había abandonado, y deliraba de forma salvaje y furiosa.

Llamé a los doctores: hombres grandiosos que llegaron a mi puerta en carruajes, con finos caballos y sirvientes ordinarios. Durante semanas estuvieron junto a su cama. Se reunían y consultaban en voz baja y solemne en otra habitación. Uno, el más inteligente y famoso de todos, me llevó aparte, y me pidió que me preparara para lo peor: me dijo (¡a mí!, ¡al loco!) que mi esposa estaba loca. Permaneció junto a mí, al lado de una ventana abierta; sus ojos miraban mi rostro y su mano permanecía sobre mi brazo. Con un solo esfuerzo, podría haberlo lanzado a la calle. Habría sido raro y divertido, pero mi secreto estaba en riesgo, y lo dejé ir. Unos días después, me dijeron que debía tener a mi mujer con ciertas restricciones: debía ponerle un cuidador. ¡Yo! Fui a los campos donde nadie podía escucharme y reí hasta que el aire resonó con mis gritos y carcajadas.

Murió al día siguiente. El anciano canoso la siguió a la tumba, y los hermanos orgullosos dejaron caer una lágrima sobre el cadáver insensible de aquella cuyos sufrimientos habían observado en vida con músculos de hierro. Todo esto alimentaba mi alegría secreta y, cuando regresábamos a casa, me reí tras el pañuelo con el que cubría mi cara hasta que las lágrimas brotaron de mis ojos.

Pero aunque había triunfado y mi esposa estaba muerta, me hallaba inquieto y preocupado, y sentí que pronto se descubriría mi secreto. No podía esconder la alegría y el júbilo salvaje que me quemaban por dentro y me hacían (cuando estaba solo en casa) saltar y

aplaudir, y bailar y dar vueltas, y gritar con todas mis fuerzas. Cuando salía y veía las multitudes ocupadas y apresuradas por las calles, o en el teatro, cuando escuchaba el sonido de la música y contemplaba a la gente bailar, me sentía tan contento que podría haber corrido entre ellos y cortarlos en pedazos, extremidad por extremidad, y me reía a carcajadas. Pero rechinaba los dientes y golpeaba los pies sobre el suelo y enterraba mis afiladas uñas en mis manos. Me reprimía, y nadie sabía que estaba loco... aún.

Recuerdo —aunque es una de las últimas cosas que puedo recordar; por ahora mezclo la realidad con el sueño, y al tener tanto que hacer y siempre estar apurado aquí, no tengo tiempo para separarlos porque se encuentran en una extraña confusión—, recuerdo cómo dejé salir mi locura al final. ¡Ja, ja, ja! Me parece estar viendo ahora sus miradas asustadas, y aún puedo sentir la facilidad con la que los arrojé lejos de mí y estrellé mi apretado puño en sus rostros blancos, y entonces volé como el viento, y los dejé gritando y chillando muy atrás. Cuando pienso en eso surge la fuerza de un gigante. Vean cómo este barrote de hierro se dobla ante mi furiosa fuerza. Podría romperlo como una ramita, sólo que hay largas galerías, aquí con muchas puertas, y no creo poder encontrar mi camino entre ellas. Incluso si pudiera, sé que allá abajo hay puertas de hierro que permanecen cerradas. Saben que soy un loco inteligente y están orgullosos de tenerme ahí para mostrarlo.

Veamos; sí, he estado afuera. Una noche, muy tarde, llegué a casa y encontré al más orgulloso de los tres arrogantes hermanos esperando para verme; dijo que era un negocio urgente, lo recuerdo muy bien. Odiaba a ese hombre con todo el odio de un loco. Muchas veces mis dedos deseaban despedazarlo. Me dijeron que estaba ahí. Subí corriendo las escaleras. Tenía algo que decirme. Despedí a los sirvientes. Era tarde, y estaríamos juntos y solos por primera vez.

Al principio mantuve la mirada cuidadosamente apartada de él; sabía que él ignoraba —y me vanagloriaba de ello— que la luz de la locura brillaba como el fuego en mis ojos. Nos sentamos en silencio varios minutos. Al fin habló. Mi reciente disipación y

comentarios extraños, hechos poco después de la muerte de su hermana, eran un insulto a su memoria. Uniendo varias circunstancias que al principio habían escapado a su observación, pensó que no la había tratado muy bien. Quería saber si estaba en lo correcto al suponer que yo quería lanzar un reproche sobre su memoria y un insulto a su familia. Exigía una explicación debido al uniforme que usaba.

¡Este hombre tenía un puesto en el ejército; un puesto comprado con mi dinero y la miseria de su hermana! Fue el autor principal del plan para hacerme caer en la trampa y aprovecharse de mi riqueza. Fue el instrumento más importante para forzar a su hermana a casarse conmigo, a sabiendas de que su corazón pertenecía a otro chico. ¡Debido a su uniforme! ¡La librea de su degradación! Puse mis ojos sobre él —no pude evitarlo—, pero sin decir nada.

Vi el cambio repentino que se produjo en él bajo mi mirada. Era un hombre valiente, pero el color se borró de su cara y echó atrás su silla. Arrastré la mía más cerca de él y, mientras me reía —estaba muy contento entonces—, lo vi temblar. Sentí la locura alzarse dentro de mí. Me tenía miedo.

—Fueron muy cariñosos con su hermana cuando estaba viva —dije—. Mucho.

Miró con inquietud a su alrededor y vi su mano apretar el respaldo de la silla, pero no dijo nada.

—Eres un villano —le dije—; te descubrí, me enteré de tus horribles planes en mi contra; sé que el corazón de tu hermana estaba unido a alguien más antes de que la convencieras de casarse conmigo. Lo sé. Lo sé.

De repente saltó de su silla, la levantó y me ordenó que retrocediera (porque tuve cuidado de irme acercando cada vez más mientras hablaba).

Grité en vez de hablar; sentía pasiones tumultuosas arremolinándose en mis venas y los viejos espíritus susurrándome y tentándome a arrancarle el corazón.

—¡Maldito seas! —grité, lanzándome tras él—. ¡Yo la maté! ¡Estoy loco! ¡Y te haré lo mismo! ¡Sangre, sangre! ¡La tendré!

—esquivé la silla que me arrojó con terror y empecé a pelear con él. Con un fuerte choque rodamos juntos por el piso.

Fue una buena pelea: él era un hombre fuerte y alto que luchaba por su vida, y yo uno poderoso, sediento de destruirlo. Sabía que ninguna fuerza podría igualarse a la mía, y tenía razón. ¡Otra vez tenía razón, aunque estaba loco! Sus esfuerzos se fueron desvaneciendo. Me arrodillé sobre su pecho y apreté firmemente su musculoso cuello con ambas manos. Su cara empezó a ponerse morada, sus ojos estaban desorbitados y al sacar la lengua parecía burlarse de mí. Apreté más fuerte.

De repente, la puerta se abrió con gran estrépito y una multitud de personas corrieron, gritando para atrapar al loco.

Mi secreto se había descubierto. Ahora, mi única lucha era por la libertad. Me puse de pie antes de que alguien me tocara; me arrojé entre los agresores y me abrí camino atacando con mis fuertes brazos (parecía que tenía un hacha en la mano y que los iba talando como árboles delante de mí). Llegué a la puerta, me deslicé por el pasamanos y en un instante estuve en la calle.

Corrí muy rápido, en línea recta, y nadie se atrevió a detenerme. Escuché ruido de pasos detrás de mí y redoblé la velocidad. Cada vez sonaban más y más lejanos, y al final desaparecieron por completo. Pero yo seguía corriendo y saltando a través de pantanos y riachuelos, sobre cercas y muros, con un grito salvaje que escuchaban los extraños seres que me rodeaban, quienes aumentaron el sonido hasta que éste perforó el aire. Los demonios me rastrearon a través del viento y me acorralaron y me atraparon y me marearon con vueltas y vueltas, con un crujido y una velocidad que me hicieron perder la cabeza, hasta que al final me arrojaron de ellos con un violento golpe y caí pesadamente a tierra; entonces me cargaron en sus brazos. Cuando desperté me encontré aquí; aquí, en esta celda gris donde casi nunca llega la luz del sol, y la luna camina sigilosamente, lanzando unos rayos que sólo sirven para mostrarme las oscuras sombras sobre mí y a esa figura silenciosa en su viejo roncón. Cuando permanezco despierto, a veces puedo escuchar

gritos y chillidos extraños de partes lejanas de este enorme lugar. Qué son, no lo sé; pero no provienen de esta figura pálida, no la miran ni ella tampoco a ellos. Pues desde la primera sombra del anochecer hasta la primera luz de la mañana, permanece sin movimiento en el mismo lugar, escuchando la música de mis cadenas de hierro y viéndome brincar en mi cama de paja.

Charles Dickens

(Inglaterra, 1812-1870)

Uno de los novelistas más reconocidos del siglo XIX en lengua inglesa y, sin duda, narrador con reconocimiento mundial, Charles Dickens legó sus memorables *Grandes esperanzas*, *Historia de dos ciudades*, *Oliver Twist* y *Tiempos difíciles*, obras con millones de lectores que encuentran en la crítica social, el humor, la bella descripción de lugares sórdidos e imponentes y las aventuras fantásticas de sus personajes, motivos de sobra para hacer de Dickens un autor digno de la mejor biblioteca. Maestro también del relato corto, *Canción de Navidad* y *El manuscrito de un loco* son pruebas contundentes de su encanto ante lo natural, lo sobrenatural, el milagro y la fantasía.